

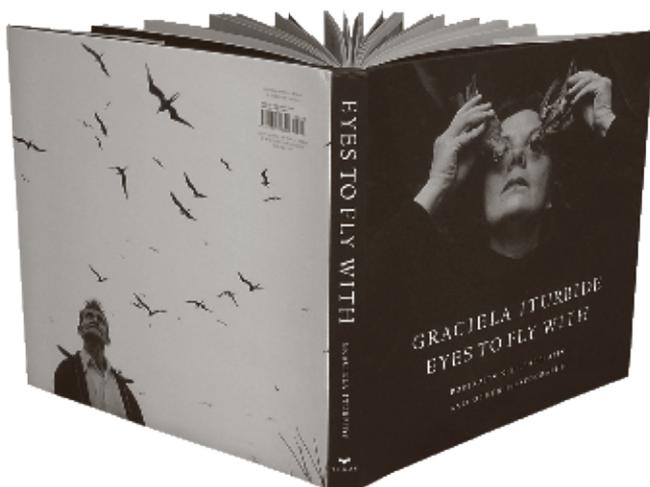
RESERVIAS

José Antonio Rodríguez

Graciela Iturbide

Eyes to Fly With

Texas, University of Texas Press,
2006.



Un poco tarde pero el libro *Eyes to Fly With* de Graciela Iturbide por fin llegó a circular entre nosotros aunque a cuenta gotas (sólo unos cuantos ejemplares llegaron durante su presentación en México a principios de marzo). Un libro que acompañó al montaje de la muestra *Ojos para volar* (Centro de la Imagen, diciembre/07-marzo/08) como un recuento general más de la obra de la fotógrafa aunque, ciertamente, con algunas novedades que complementan otros proyectos o que se editaron aquí de manera distinta.

A estas alturas puede decirse que la obra de Iturbide es sumamente vasta y que a base de reiteraciones su trabajo se ha vuelto emblemático (*Mujer ángel, Nuestra señora de las iguanas, El señor de los pájaros*, etcétera, que aquí vuelven a aparecer una vez más), lo que la ha convertido en una clásica contemporánea de la fotografía. Ahora lo novedoso en *Eyes to Fly With* se encuentra en la inserción de algunos contactos de negativos con los que puede detectarse el rigor de edición que establece la fotógrafa y sus editores. Pero, sobre todo, aquí nos quedamos con la entrevista que Fabienne Bradu le hace a Graciela Iturbide. Un diálogo que es el mejor que haya establecido la fotógrafa en mucho tiempo. Así, la entrevista en un libro de esta naturaleza vuelve a confirmar la eficacia de su uso como documento, al revelar matices de los propios creadores.

Con un tono de desvelamiento arranca el diálogo con Bradu, en donde Iturbide narra sus primeras enseñanzas con Manuel Álvarez Bravo. Y hay aquí momentos brillantes en las reflexiones de la fotógrafa: “con la cámara tú interpretas a la realidad. La fotografía no es la verdad. El fotógrafo..., sobre todo, hace su realidad, de acuerdo a sus conocimientos o sus emociones... Sin la cámara, ves el mundo de una manera y con la cámara, de otra; por esta ventana estás componiendo, incluso soñando con esta realidad, como si a través de la cámara se estuviera sintetizando lo que tú eres y has aprendido del lugar. Entonces haces tu propia imagen, estás interpretando. Al fotógrafo le sucede lo mismo que al escritor: le resulta imposible tener la verdad de la vida”.

Más otro de sus razonamientos: “Quiero dejar claro que no trabajo en el mundo indígena si no hay complicidad y respeto. No me gusta que me digan que mi fotografía es mágica, esto me pone furiosa. Más me interesaría, y no sé si lo logro, que hubiera una dosis de poesía en mi fotografía.” Y con este planteamiento pareciera que Iturbide responde a los obtusos análisis de la historiadora suiza Erika Billeter, contenidos en su olvidable libro *Canto a la realidad*. Pero también la fotógrafa se mete en dilemas cuando señala: “nunca he construido ninguna imagen”, pues parece que vuelve al viejo debate de lo documental *versus* construcción, ya rebasado, porque ella misma narra cómo elaboró algunas de sus imágenes (con Francisco Toledo, por ejemplo), además de que muchos de sus autorretratos podrían considerarse, dentro de esa vieja concepción, como contruidos. O bien, el lector asiste al asomo de las contradicciones de la propia artista: “Un fotógrafo que no tiene imaginación no es un buen fotógrafo definitivamente. Tampoco hay que caer en el otro extremo, en el barroquismo que me parece fatal. Si la imaginación significa ponerle cangrejos o cualquier otra cosa a una persona, esto equivale a adornar la realidad pero no es imaginación.” Algo que, sin embargo, ella misma ha hecho (digamos, en Juchitán de las mujeres o sus propios autorretratos). Con todo, el lector, que pueda acceder a este libro inconseguible, asiste a uno de los mejores razonamientos de una fotógrafa contemporánea.